



ACADEMIA DE LAS CIENCIAS
Y LAS ARTES MILITARES

Comunicaciones académicas

Apuntes para abordar la postmodernidad como fenómeno complejo: implicaciones para la Seguridad y la Defensa

Juan Cayón Peña

Academia de las Ciencias y las Artes Militares
Sección de Futuro de las Operaciones Militares

1 de marzo de 2024

Vivir sin filosofar es, propiamente, tener los ojos cerrados, sin tratar de abrirlos jamás. René Descartes (1.596-1.650)

Consideraciones preliminares

Puede sorprender un título como el propuesto y más en nuestros días, momento histórico en el que las humanidades en general y la filosofía en particular, han quedado relegadas y desaparecido del debate público o el común de las personas. Sin embargo, a nuestros ojos, sólo la interacción entre saberes y el abordamiento transversal de los problemas, permitirá encontrar soluciones en un mundo tan complejo como el actual; un mundo en el que casi nada es lo que parece ser, un mundo que ha traspasado los límites del lenguaje como elemento consensual para describir la realidad, para adentrarse en la subjetividad permanente de la postverdad.

Por tanto, aunque concluiremos señalando los vectores de riesgo para la seguridad propios de los tiempos postmodernos, lo cierto es que esta humilde contribución busca principalmente posicionar la conflictividad actual en nuestro tiempo, la postmodernidad. Esta vocación hace imprescindible por tanto que nos adentremos en términos cabalmente filosóficos a nuestro tiempo, entendiendo sus antecedentes más directos y describiendo, siquiera someramente como corresponde a una comunicación de este estilo, que la antropología (transhumanismo, cultura de muerte), la sociología (multiculturalidad, control social), la política (populismos, romanticismo), la economía (globalismo y conflictos) y hasta la propia filosofía (idealismo romántico y postverdad) de nuestros días, tienen unas características particulares que llevan a un contexto enormemente complejo.

Una última observación imprescindible. La perspectiva desde la que escribo, que obedece a mi propia formación y adscripción doctrinal, pretende ser objetiva, pero de hecho aspira a ser discutida en un foro intelectual como el presente, una Academia, enriqueciéndose por el debate y haciendo buena la clásica concepción universitaria y académica de ser una comunidad de hombres libres que buscan la verdad.



Imagen generada por inteligencia artificial

La Modernidad como antecedente

En términos de filosofía política y jurídica, la época inmediatamente anterior al momento presente, que llamaremos modernidad sin entrar en la polémica historicista sobre el término, a efectos meramente discursivos podemos datarla entre finales del s. XVIII y finales del s. XX. Es una época en la que muchos cambios

se producen en el mundo en general y en Occidente en particular. Una época que, mirada en términos historiográficos, resulta intensamente convulsa, muy especialmente atendiendo a la evolución de las sociedades y sus principios filosóficos, políticos y económicos. Una época que comienza con la Revolución francesa, cuyos antecedentes sin duda engarzan con el nominalismo de Guillermo de Ockam y la reforma protestante. Una revolución que, como todas que aspiran a serlo, supone un cambio radical de paradigma. Y es que la Revolución francesa y su planteamiento ontológico no sólo termina con la forma de organización política tradicional en Europa, la monarquía, sino que implica una auténtica refundación social en todos los niveles.

Resumiendo hasta el extremo dadas las limitaciones que nos supone el formato de comunicación en el que estamos escribiendo, cinco son las implicaciones más filosóficas (F) y otras cinco las más prácticas (P) que incidirán en la postmodernidad y particularmente en el ámbito de la seguridad y defensa. Apenas las enumeramos a continuación para mayor comisión explicativa:

1 (F).- Abandono del realismo gnoseológico, suplantado por el idealismo. Esta mutación gnoseológica tendrá implicaciones notabilísimas en nuestro devenir histórico y eclosionará en tiempos postmodernos.

2 (F).- Abandono del teocentrismo, suplantado por un humanismo racionalista, enciclopédico, cientifista. La ciencia se convierte en el nuevo referente occidental, proporcionando teóricos fundamentos universales objetivos, aunque con un efecto secundario derivado como es la pérdida de la espiritualidad y con ella de numerosos valores y principios morales que hasta entonces habían regido en Occidente.

3 (F).- Abandono de la concepción política tradicional plasmada en la teoría de las formas de gobierno (mando de uno, pocos o todos, bueno o malo en función de su ejercicio) y la diferenciación entre legalidad y legitimidad (tanto de origen como de ejercicio) para sustituirla por la democracia como forma de Estado, único paradigma político deseable y hasta tolerable.

4 (F).- Abandono progresivo de los estándares jurídico-políticos clásicos pactistas de origen feudal, para suplantarlos por el constitucionalismo fundante y, tras la Segunda Guerra Mundial, no solo fundante sino también moralmente legitimador.

5 (F).- Abandono de la forma monárquica tradicional, para entonces ya corrompida por el absolutismo, para suplantarla por el republicanismo o, en su defecto, por un monarquismo constitucional casi meramente simbólico, pero en todo caso estatista.

1 (P).- Nacimiento de los nacionalismos europeos y americanos, más tarde exportados en la fase descolonizadora, sin tener muchas veces en cuenta las comunidades y naciones culturales y raciales preexistentes.

2 (P).- Conflictos mundiales en suelo europeo, consecuencia del fenómeno nacionalista antes referido, acrecentado en la segunda gran guerra por el estatismo totalitario en sus vertientes más duras.

3 (P).- Nacimiento a mediados del s. XX de la era armamentística nuclear, con su poder destructor y disuasorio a la vez.

4 (P).- Bipolaridad característica de la segunda mitad del s. XX en guerra más o menos fría entre el bloque capitalista y el bloque comunista. Aparición de organizaciones internacionales, demasiado frecuentemente utilizadas por las potencias con derecho a veto en el consejo de seguridad como pantalla protectora para desarrollar sus políticas y planteamientos particulares.

5 (P).- Consolidación de la barrera norte/sur desde una perspectiva económica y muchas veces cultural.

Los mencionados son algunos, quizás los más importantes, de los muchos factores en los que podríamos descomponer la modernidad, antecedente del tiempo hodierno que abordamos a continuación.

La postmodernidad como fenómeno complejo

A efectos explicativos, fecharemos la postmodernidad desde finales del s. XX con la caída del muro de Berlín y el desmoronamiento de la antigua Unión Soviética extendiéndose hasta nuestros días. Es un momento histórico aún demasiado estrecho como para poder valorar su evolución completa. Sin embargo, la aceleración y rápida consolidación de las tendencias que vamos a pergeñar, permiten sin duda hablar de un cambio epocal y profundo de paradigma, evolución del cambio moderno hacia extremos no vistos en nuestra historia.

Como anunciaba el título de esta comunicación, la postmodernidad es un tiempo complejo, en el que los paradigmas de la civilización occidental se están viendo sacudidos por distintas ideologías y prácticas agresivas con aparentes y profundas intenciones poco estudiadas. Para lograr la aceleración de los cambios en este nuevo contexto y aprovechando la realidad de un mundo interconectado, la ingeniería social y la propaganda resultan factores de manipulación que excitan a personas y movimientos sociales a favor o en contra de distintas realidades o entelequias. De manera aún más acusada que en tiempos modernos, si algo caracteriza precisamente la postmodernidad son los signos contradictorios de toda clase; pero en el comportamiento de las sociedades postmodernas es fácilmente detectable una ingeniería social sistemática y previamente calculada, con la que se dirigen los acontecimientos y el foco de atención de los distintos grupos sociales a través de los medios de comunicación y las modas o tendencias sociales difundidas por medios digitales.

La sociedad postmoderna en la que nos encontramos no es iusnaturalista ni comparte filosóficamente hablando los postulados del realismo de corte aristotélico-tomista. Muy al contrario, en la postmodernidad se ha consolidado, aún sin una conciencia generalizada por el escaso nivel filosófico de nuestros congéneres, un idealismo patente que además en estos últimos años se ha tornado romántico, o al menos, ha adoptado del romanticismo algunas de sus características como el sentimentalismo.

Centraremos la cuestión en el romanticismo, que nos parece de enorme impacto explicativo en materia de los riesgos que comprometen nuestra seguridad y defensa, movimiento filosófico que en realidad excede la propia filosofía y tiene algunas de sus manifestaciones más sublimes en las artes pictóricas, literarias o musicales. Para entender el romanticismo, se hace preciso ubicarlo contextualmente. El romanticismo nace en el s. XVIII como movimiento dialéctico frente al neoclasicismo, y como apuntábamos antes, trasciende los movimientos meramente culturales para convertirse en una forma de vivir, un prisma desde el que abordar no solo las artes sino también la política, el derecho e incluso, claro está, la propia filosofía como forma de entender la realidad. De raíz netamente idealista, el romanticismo pivota en la exaltación del yo en el contexto de la Ilustración.

Son muchos los antecedentes que deberíamos mencionar en un estudio monográfico sobre la cuestión, pero baste aquí la referencia a lo que acontecía con la caída del antiguo régimen, el fin de los sistemas tradicionales de creencias y organización social, la lucha sin cuartel entre el mundo clásico que se resistía a desaparecer y los nuevos aires enciclopedistas en los que la ciencia y la razón parecen dominarlo todo. El romanticismo fundado en la imaginación y no en la realidad destruida por la Revolución, se desarrolla en el caldo de cultivo del sentimiento y la manifiesta insuficiencia de la razón para dar satisfacción a su ideal. En este sentido, el Diccionario de la Real Academia Española define el romanticismo en su primera acepción como el movimiento cultural que se desarrolla en Europa desde finales del s. XVIII y durante la primera mitad del XIX y que, en oposición al neoclasicismo, exalta la libertad creativa, la fantasía y los sentimientos.

Pero lo cierto y verdad es que el romanticismo traspasó enseguida los límites del arte y la cultura para adentrarse de lleno en la política, la moda e incluso la filosofía, y aún hoy pervive en la mente y actitud vital de muchos de nuestros conciudadanos, por más que éstos no sean quizás conscientes de su condición, ensoñados como están en sus propios delirios. Los lectores españoles recordarán bien un ejemplo divertido por lo grotesco, en el seno de los altercados contra el orden constitucional en Cataluña en el otoño de 2017 cuando uno de los manifestantes, funcionario de la *Generalitat* para más señas, se gloriaba de estar actuando en nombre de la

república catalana, ante lo que un *mosso d'esquadra* le espetó de manera espontánea pero realista ante las cámaras el famoso «la república no existe, idiota». Más candoroso ejemplo de la dialéctica entre románticos y realistas en nuestros días no puede encontrarse. Y es que, para el romántico, su ansia de libertad no conoce regla; una libertad precisamente basada en la ausencia de reglas más allá de su propia y subjetiva voluntad, del hecho diferencial del yo romántico que no puede ni debe sujetarse a ninguna imposición. Un hombre nuevo, despojado de ataduras y por tanto creador de su propio destino que, llegado el caso, bien puede ser el suicidio en lo que nos interesa sin que familia, sociedad, reglas morales o derecho basten para detenerle.

El romántico reacciona frente a la tradición imbuido de la ideología, pero también lo hace a su manera, aun formando parte de ella, frente a la modernidad, dando rienda suelta a la imaginación, a la autoconstrucción del ser sin necesario apego a la realidad de las cosas. El romántico imagina, casi delira sobre un pasado que nunca existió y al que desea retornar con todas las consecuencias, o un futuro que imagina, ejerciendo una suprema libertad entendida de un modo nuevo, sin límites humanos ni divinos, en la que es responsable y único decisor, sin reconocer nada que no sea su propia voluntad. La idea del hombre romántico no tiene límites ni conoce medida, es de alguna forma todopoderosa. El hombre romántico cree poderlo todo, transforma el mundo a su voluntad y retorna a un estado natural hipotético donde la pasión y su deseo se tornan en reglas de vida imparables, tomando como ejemplo a la naturaleza salvaje, fuerza omnipotente y originaria.

Así el hombre romántico no percibe la realidad sino a través de sus ideas, no es consciente de que el mundo que le rodea no es fantástico sino real, en el que no siempre sus sueños ideológicos, políticos o estéticos tienen cabida. Ese idealismo subyacente lleva con frecuencia al romántico a imaginar un falso altruismo, un honorable comportamiento frente a los demás en beneficio de los ideales, incluso con riesgo de su propia vida. No es ese el suicidio al que deseamos referirnos, pues el heroísmo siempre ha sido una cualidad presente en la mayoría de las sociedades, aunque principalmente animadas por el convencimiento de que el paso a otro nivel de existencia, es decir, la muerte, no es el final sino muy probablemente el principio.

Las fuertes convicciones de las sociedades tradicionales llevaron a gestas increíbles de las que la historia está llena, con frecuencia a costa de la vida de un puñado de héroes. Pero esos héroes caídos no eran suicidas pues hubieran preferido no morir en el intento, aunque estaban dispuestos al máximo sacrificio por conservar su sociedad o sus ideales. Además, la muerte no se la procuraban ellos mismos sino el enemigo al que aspiraban a batir. El auténtico heroísmo no es romántico, no confunde realidad e ideal, es consciente de las dificultades y la

realidad poco favorable y, aun así, está dispuesto a entregar la vida si fuera necesario pensando en un bien mayor. El héroe no es desesperado, no está abatido, no se deja vencer por la dificultad ni renuncia a seguir defendiendo aquello que considera su deber. Muy al contrario, el héroe es generoso, entregado a los demás a quienes antepone a su propio ser o comodidad, a diferencia del romántico que piensa prioritariamente en él y su idea, al que generalmente poco importan los demás que no le sigan en su ideal como acredita, por ejemplo, el ideal revolucionario de libertad, igualdad, fraternidad que, inmediatamente tras su proclamación, fue seguido de decenas de miles de muertes en los primeros meses de implantación de la Francia revolucionaria.



Imagen generada por inteligencia artificial

Pero la realidad suele ser bien distinta del ideal romántico y de ahí que, con frecuencia, el hombre romántico no resuelva sus problemas, se muestre inquieto, nervioso, incapaz de encontrar sosiego ante la frustración que le produce la realidad frente a su idea. Y es en esa tesitura donde nace la aflicción e insatisfacción tan típicas del romanticismo. El romántico es un inconformista frente a la realidad que por momentos y de manera ilusoria se siente superior a ella, pero que sucumbe en el pesimismo y en el nihilismo cuando los planes no salen como había soñado. Esa melancolía depresiva, esa disconformidad con el mundo real que le rodea, con frecuencia llevó al romántico a ese último intento de huir de la realidad del mundo y de sí mismo en la pretensión de escapar de la perenne desazón a través del acto suicida, evocación material del supremo nihilismo autodestructivo que marca el romanticismo más radical.

Y esta es otra de las características del movimiento que estudiamos, su sentimentalismo, es decir, la primacía del sentimiento frente a la realidad objetiva. Esa primacía de los sentimientos lleva al entusiasmo cuando el romántico se siente vital, a la pasión desenfrenada cuando se siente enamorado, al totalitarismo cuando se siente poderoso... y a la sublevación o el suicidio cuando la realidad, tozuda como es, no se corresponde con sus sentimientos. En sus contradicciones, el romántico desprecia la vulgaridad e idolatra lo excepcional, inventa la historia y procura volver a ella, es capaz de buscar los orígenes de su civilización y a la vez imponer una nueva cultura arrasadora de todo lo anterior, el triunfo de su voluntad se sobrepone a todo y a todos.

Existen ejemplos pavorosos de esto que señalamos y el mejor en nuestra opinión es el del III Reich alemán, probablemente la mayor experiencia romántica de la historia de la humanidad, con los resultados más catastróficos que hasta la fecha hemos conocido, solo superados en barbarie por los producidos por el marxismo al que por cierto combatió. Las características que hemos venido describiendo del movimiento romántico se exaltaron de manera sistemática en el movimiento nacionalsocialista.

El profundo resentimiento alemán tras la derrota consagrada en el tratado de Versalles al finalizar la Primera Guerra Mundial; el mito histórico de una raza aria pura y dominadora de Europa; el nacionalismo exacerbado apelando a una antigua Alemania que realmente nunca existió; la música mítica de Richard Wagner uno de los máximos exponentes del romanticismo alemán; el afán recuperador de la armonía con la naturaleza a través de los campos de descanso, los ventanales con panorámicas milimétricamente diseñadas para exaltar la belleza de la naturaleza salvaje o la obra social de las juventudes hitlerianas; la investigación médica sobrepasando cualquier frontera ética para demostrar la condición del superhombre; las películas exaltantes del liderazgo y la excepcionalidad histórica del Führer así como el seguro «Triunfo de la voluntad»; el culto estético por la muerte y su banalización en banderas, uniformes y ceremoniales; la irracionalidad impenitente frente a las circunstancias de la realidad hasta el final de la guerra audazmente iniciada y conducida; la ciega confianza en las armas secretas con las que Alemania ganaría esa guerra sin duda alguna; el nihilismo autodestructivo... y al final, el suicidio de más de 10.000 personas ante la realidad de la rendición y el ocaso de los «dioses» nacionalsocialistas, muchos de los cuales, ellos mismos, decidieron una nueva forma de victoria que sólo estaba en sus mentes a través de su libre y consciente acceso a la inmortalidad tras pasar por un mundo que no merecía ser vivido ante la evidencia de su fracaso ideológico.

En ese contexto someramente descrito encontramos las características más notables de la postmodernidad:

- a) Ruptura evidente de los paradigmas político-sociales. Dificultad para que los legisladores encuentren límites a su acción de modo que el poder no parece tener límites en una evidente tendencia totalitaria, aunque con formas más amables que en los totalitarismos clásicos.
- b) Idealismo y romanticismo filosófico. El hombre nuevo, motor de las utopías que opera en su realidad irreal bajo el mito del progreso perpetuo, lo que lleva a una radicalización evidente.
- c) Sentimentalismo exacerbado. Manipulación constante del lenguaje y redefinición de los conceptos para adaptarlos a la nueva «realidad» inventada. Postverdad y difuminación de las fronteras de la realidad.
- d) Relativismo, patrón de todas las cosas. Potenciación del egoísmo individualista, subjetivización del universo mental y de nuevo radicalización.
- e) Desenraizamiento, masificación consumista y manipulación social. Banalización de la vida personal y social.
- f) Sobreinformación y abuso de la tecnificación. Conocimiento a través de la llamada ciencia de datos de los comportamientos sociales para poder dirigirlos al antojo del poder.
- g) Ideologización y polarización populista. Trascendencia de la política hacia la moral, que se subjetiviza y manipula según convenga.



Imagen generada por inteligencia artificial

Conclusión aplicada al entorno de la Seguridad y la Defensa occidentales

De este contexto, sólo levemente apuntado, se colige un panorama extremadamente complejo en nuestro ámbito específico y lo visto en estos años lo

confirma, aunque si algo podemos afirmar con poco margen de incertidumbre prospectiva es que la complejidad aumentará como aumentarán los riesgos.

Sólo a título enunciativo, que no limitativo, los que visualizamos son los siguientes:

- a) Una tensión migratoria irregular creciente producto de la desigualdad económica norte/sur y que afectará tanto a Europa como a América del Norte. Problemas de absorción cultural y «guetificación».
- b) Una violencia cultural creciente, consecuencia de la escasa tolerancia a la frustración, el ansia de inmediatez y satisfacción automática de los deseos, frustración frente al nuevo modelo social y seguimiento de modas internacionales vinculadas a las bandas juveniles, las drogas y otros mitos delictivos.
- c) Una preocupante progresiva tendencia a la desaparición de la clase media en las economías occidentales, que, combinada con los problemas derivados de la multiculturalidad y el populismo, podrían hacer crecer los conflictos internos. En ocasiones, ese tensionamiento llevará previsiblemente a crecientes desordenes internos y a una subversión de los órdenes constitucionales estables por la polarización de unos y otros.
- d) Un expansionismo nacionalista en el que las actitudes de China o Rusia, pero también algunas de las políticas exteriores occidentales, llevará previsiblemente a un tensionamiento internacional creciente.
- e) Vinculado con lo anterior, un incremento del riesgo nuclear si cabe más real y peligroso que el conocido en el pasado durante la Guerra Fría.
- f) Un incremento de riesgos y amenazas en los nuevos dominios, ciberespacio y cognitivo. Ambos igualmente preocupantes dada la tecno-dependencia y la escasa capacidad crítica y la polarización de nuestras sociedades.
- g) Por causa de factores psicológicos y también culturales, parece también previsible un aumento del fenómeno terrorista, bien bajo la forma de actor individual, bien bajo la forma de grupo organizado, con un probable aumento de acciones terroristas ideológicas por parte de grupos nacionales polarizados. ■

Nota: Las ideas y opiniones contenidas en este documento son de responsabilidad del autor, sin que reflejen, necesariamente, el pensamiento de la Academia de las Ciencias y las Artes Militares.

© Academia de las Ciencias y las Artes Militares - 2024